ven á dedicarlo á la compra de los valores públicos, y los gobiernos continúan el despilfarro, seguros de que encontrarán siempre quienes les presten y ensalzando este crédito como una manifestación de la prosperidad del país. Hay en España dos millones de hectáreas de tierra sin cultivar, veintiséis millones de secano y sólo un millón de regadío. Ese cultivo de secano, que viene á ser toda nuestra agricultura, es un llamamiento que la desidia española hace al hambre; una demostración perpetua del fanatismo que confía en la rogativa y en la lluvia del cielo más que en los adelantos de los hombres. Los ríos ruedan hacia los mares por cerca de comarcas abrasadas, desbordándose en el invierno, no para fecundar, sino para arrasarlo todo en el ímpetu de la inundación. Hay piedra para iglesias y nuevos conventos, nunca para diques y pantanos. Se levantan campanarios y se cortan los árboles que atraen la lluvia. Y no me arguya usted de nuevo, don Antolín, que la Iglesia es pobre y de nada tiene la culpa. Los pobres son ustedes, los de la Iglesia rancia y tradicional, los de la religión á la española, pues en esto hay modas y los fieles se van con lo más reciente; pero ahí están los jesuitas, la manifestación más moderna del catolicismo, la *última novedad*, que con su Corazón de Jesús y demás idolatrías á la francesa: levantan palacios é iglesias en todas partes, desviando el dinero que antes iba á las catedrales y siendo la única demostración de la riqueza del país. Pero volvamos á nuestro progreso. Peor aún que la sequedad es para nuestra agricultura la ignorancia y la rutina del pueblo labrador. Toda invención y aplicación científica la rechazan, creyéndola mala. «Los tiempos pasados eran los buenos. Así cultivaban mis abuelos y así debo hacerlo yo.»

La ignorancia se ve convertida en gloria nacional. Y no hay que esperar por ahora el remedio. En otros países salen de las universidades y de las escuelas superiores los reformistas, los combatientes del progreso. Aquí sólo producen los centros de enseñanza un proletariado de levita ansioso de vivir, que asalta las profesiones y puestos públicos, sin otro deseo que el de abrirse paso y que esta situación continúe. Se estudia (si es que se estudia) durante unos cuantos años, no para saber, sino para adquirir un diploma, un pedazo de papel que autorice á ganarse el pan. Se aprende lo que declama el catedrático, sin curiosidad alguna de ir más allá. Los profesores son en su mayoría médicos y abogados que ejercen su carrera, van una hora todos los días á sentarse en la cátedra, repitiendo como un fonógrafo lo que dijeron en años anteriores, y vuelven en seguida á sus enfermos y sus pleitos sin enterarse de lo que se escribe y se dice por el mundo, después que ellos ganaron su puesto. La cultura española es de segunda mano, puramente exterior, *traducida del francés*, y aun esto, para la exigua minoría que lee, pues el resto de los llamados intelectuales no tienen otra biblioteca que los textos en que estudiaron de muchachos, y se enteran de los adelantos del pensamiento europeo... por los periódicos. Los padres, con el afán de asegurar cuanto antes el porvenir de sus hijos mediante una carrera, los envían á los centros de enseñanza apenas saben hablar. El estudiante hombre de otros países, en toda la plenitud de su razón, no existe aquí. Las universidades se llenan de niños; en los institutos sólo se ven pantalones cortos. El español, al afeitarse por primera vez, es ya licenciado y va para doctor. La nodriza acabará por sentarse al lado del catedrático. Y esos niños que

reciben el bautismo de la ciencia á la edad en que en otros países se juega al trompo, y afirmándose en el título que pregona su ciencia ya no estudian más, son los intelectuales que han de dirigirnos y salvarnos, los que mañana serán legisladores y ministros. ¡Vamos, hombre, que hay para reir!

Gabriel no reía, pero el *Vara de plata* y los demás celebraban sus palabras. Toda crítica contra los tiempos presentes alegraba al sacerdote.

—¡Qué demonio de hombre!—decía á Gabriel—. Tú en tu locura tienes para todos.

—Este país está agotado, don Antolín. Aquí nada queda en pie. Es incalificable el número de ciudades que han desaparecido desde que comenzó nuestra decadencia. En otros países guardan cuidadosamente las ruinas del pasado como páginas de piedra de la historia. Las limpian, las conservan, las sostienen y fortifican y abren caminos para que todos puedan contemplarlas. Aquí, por donde ha pasado el arte romano, el bizantino, el árabe, el mudéjar, el gótico y el Renacimiento, todas las artes de Europa, los hierbajos y matorrales cubren las ruinas en los campos, ocultándolas y desfigurándolas, y la barbarie de las gentes las mutila en las ciudades. Se piensa á todas horas en el pasado, y sin embargo, se desprecian sus restos. ¡Qué país de sueño y de abandono! España no es un pueblo, es un museo desordenado y polvoriento de cosas viejas, que atrae á los curiosos de Europa. En él, hasta las ruinas están arruinadas.

Los ojos de don Martín, el cura joven, se fijaban en Gabriel. Parecían hablarle expresando el entusiasmo con que acogía sus palabras. Los otros oyentes, silenciosos y cabizbajos, no experimentaban menos el encanto de aquellas afirmaciones que tan audaces resultaban en el ambiente reposado y ran-

cio del claustro. Don Antolín era el único que reía, encontrando graciosísimas, por lo disparatadas, las ideas de Gabriel. Comenzaba á atardecer. El sol había desaparecido tras de los tejados de la catedral. La sobrina del *Vara de plata* volvía á llamarles desde la puerta de su clavería.

—Ahora vamos, muchacha—dijo el cura—. Tengo que decirle antes una razón á este señor.

Y dirigiéndose á Luna, continuó:

—Pero ¡hombre de Dios!... y no debía llamarte así porque estás empecatado. Tú todo lo encuentras mal. La Iglesia española, rancia, como tú dices, ha quedado empobrecida, y aun te parece poca revolución. ¿Qué es lo que tú quieres? ¿qué es lo que deseas para que esto se arregle? Suéltanos tu secreto y vámonos, que ya va picando el frío.

Y reía mirando á Gabriel con lástima paternal, como si fuese un niño.

—¡Mi remedio!—exclamó Luna sin hacer caso del gesto del sacerdote—. Yo no tengo remedio alguno. Es la marcha de la humanidad la que lo ofrece. Todos los pueblos de la tierra han pasado por las mismas evoluciones. Primero fueron regidos por la espada, después por la fe y ahora por la ciencia. Nosotros hemos sido gobernados por guerreros y sacerdotes, pero nos detuvimos en el pórtico de la vida moderna sin fuerza ni deseo para tomar la mano de la ciencia, que era la única que podía guiarnos. De aquí nuestra situación triste. Ciencias son hoy la agricultura, las industrias, las artes y los oficios, la cultura y el bienestar de los pueblos... hasta la misma guerra. Y España vive lejos del sol de la ciencia. Cuando más, conoce un reflejo pálido, frío y debilitado que le llega de países extraños. La enfermedad de la fe nos ha dejado sin fuerzas: somos como esos seres que, después de su-

frir una dolencia en su juventud, quedan anémicos para siempre, sin reconstitución posible, condenados á prematura vejez.

—¡Bah! ¡La ciencia!—dijo el *Vara de plata* yendo hacia su casa—. Conozco eso. Es la eterna música de todos los enemigos de la religión. No hay mejor ciencia que amar á Dios y sus obras. Buenas tardes.

—Muy buenas, don Antolín; pero no lo olvide usted. Aun no hemos salido de la fe y la espada. A ratos nos dirige una ó nos arrea la otra. Pero de la ciencia, ni una palabra. Ni siquiera ha regido España durante veinticuatro horas.

VII

Gabriel, después de esta tarde, evitó las reuniones en el claustro para no discutir con el *Vara de plata*. Estaba arrepentido de su audacia. Al quedar solo había reflexionado sobre los peligros á que se exponía emitiendo sus ideas con tanta libertad. Le aterraba el ser expulsado de la catedral, corriendo de nuevo el mundo á la ventura. Se reprendía, echándose en cara su afán de chocar con los prejuicios del pasado. ¿Qué iba á conseguir cambiando el pensamiento de aquella pobre gente? ¿En qué podía pesar, para la emancipación de la humanidad, la conversión de aquellos hombres agarrados como moluscos á las piedras del pasado?...

La catedral era para Gabriel un gigantesco tumor que hinchaba la epidermis española como rastro de antiguas enfermedades. Nada había que hacer allí. No era un músculo capaz de desarrollo: era un abceso que aguardaba la hora de ser extirpado ó de disolverse por los gérmenes mortales que llevaba en su interior. El había escogido como refugio aquella ruina y debía callar, ser prudente para que no le echasen en cara su ingratitud.

Además, su hermano Esteban, rompiendo el